

## UNÁNUE PUERICULTOR

ERNESTO EGO AGUIRRE F.

Se equivocaría quien pensara que el estudio de la obra de Hipólito Unánue estaba terminado. Su labor múltiple y creadora, que esperó, años y años, cubierta de polvo, la mano amorosa del comentarista, está siendo acrecentada en estos días. Y juzgar sus escritos, penetrar por en medio de su frondosa creación espiritual, tomar intimidad con sus concepciones sobre las cosas médicas —que siempre contempló en todas sus direcciones— dándoles esa dimensión infinita del sentido social constituye la tarea aún abierta a los estudiosos. La Medicina nuestra no conoce otro caso de identificación más inquebrantable en un médico con su pueblo.

Hoy traigo a esta Casa una contribución sobre "Unánue Puericultor", es decir sobre un Unánue que no ha sido debidamente apreciado en su videncia penetrante y lúcida. No es un estudio exhaustivo. Es sólo un intento para destacar y descubrir el sentido de vida genuina del Prócer. Algo así como reunir antigüedades, bruñirlas cuidadosamente, hasta dejarlas brillantes, para que refuljan con deslumbres insospechados.

En ese libro que el tiempo ha tornado amarillento en estantes y bibliotecas, verdadera joya de bibliófilos, que se llama "Observaciones sobre el Clima de Lima y sus influencias en los Seres Vivos en especial el Hombre" están consignados, en pocas palabras, los fundamentos de la Puericultura, cuando Unánue dice que para precaverse de las enfermedades basta con "reducirse a la dieta, quanto comprehende el alimento y la bebida: al sueño y la vigilia: a la gimnástica o diversidad de ejercicios del cuerpo y del alma".

No es otra cosa lo que los puericultores contemporáneos estampan en sus libros sobre cultivo del niño, o en otros términos, sobre el mejoramiento, por el cuidado inteligente, de un organismo en creci-

miento. Hay, sobre todo aquí, una gran anticipación sobre las relaciones de la Puericultura con la Educación. Se comprende el interés de Unánue si se le mira como un médico sociólogo. Quiere robustecer el cuerpo —aparece en germen el eugenista— y anhela una inteligencia cultivada —surge al punto el educador. Pero, aún hay más en la interlínea. Me parece que entiende al niño americano como capital social. Y sin el barbarismo de los espartanos, que destruían los niños débiles o tarados contra la roca famosa, señala como robustecer su valor inicial indicando los mismos derroteros que Rousseau, cuando dirigiéndose a los filántropos, científicos y estudiosos les señala al niño como un problema de cuidados para el Estado. No quiere Unánue un pueblo enfermo. Lo quiere fuerte, sano, poderoso. Y como los puericultores de hoy, se esforzó porque hubieran niños cuyo crecimiento los convirtiera en trabajadores inteligentes y progresistas, pilares de la grandeza de una nacionalidad.

Prosigamos detenidamente la lectura de su obra cumbre "El Clima de Lima". "La Leche —dice la página 144— es el primer alimento que nos ofrece la naturaleza en los pechos de nuestras madres . . . y nutre con facilidad los cuerpos tiernos de los infantes".

Como defensa de la lactancia materna la frase copiada es un apotegma. Bien podría incluirse en los carteles que se colocan en las salas de espera de los consultorios infantiles con intentos educacionales del público concurrente. Por entonces la Medicina y la Higiene infantiles eran disciplinas desconocidas. Pero, el espíritu avizor de Unánue se encarga de señalar la buena manera de criar al niño peruano. Y como valladar que oponer a la mortalidad infantil su cumplimiento sirve a maravilla.

No es necesario decir en su ayuda que la lactancia artificial es la que abate más vidas, y que el reemplazo de leche de mujer por la de otras especies animales es el ensayo más peligroso que se pueda hacer con el funcionamiento del tubo digestivo del recién nacido y con su economía en general. Basta citar que con su olvido nació todo ese gran capítulo de las distrófias alimenticias.

La preocupación de Unánue por la crianza al seno no concluye en los consejos citados. En otra parte —página 147— se pone en el caso de que el niño reciba leche de mujer, pero no de la propia madre: la mercenaria, dice entonces: "Si la ha de criar alguna nodriza a la que llamamos ama, elíjase ésta de edad 25 a 30 años, sana, que tenga la cutis limpia, de una índole tranquila, y de las mejores costumbres . . ." Las características son las mismas que guían nuestra conducta de hoy.

Como edad nadie aconseja pasar de la treintena. El carácter apacible, sin exarcebaciones del tono emocional, es un factor sustantivo para que la composición de la leche sea uniforme, evitándose las mutaciones cualitativas derivadas de la simpatía o de la hostilidad del ambiente. Las hipogalactias emocionales son la forma más común. Las condiciones restantes —“las mejores costumbres” las llama Unánue— son los antecedentes personales de la nodriza en orden a las enfermedades sufridas. Las infecciones contagiosas, las lues sobre todas, desquitaban a las personas con pretensiones al oficio de amas de leche. Epoca llena de candor y de místicas costumbres, el mal de Venus se miraba, antes que como entidad mórbida, como un hecho vergonzoso, anatematizado por la Moral. Y era lógico que se supusiera un poco ausente de las gentes de las mejores costumbres.

Aún se tiene algo más sobre crianza. Unánue —gran observador de la vida,— había captado que existen por ahí situaciones en las que el niño carece de leche materna y también de la que, en sustitución, proporcionan las nodrizas. Se hacía preciso, en tales casos, acudir a la alimentación artificial, a las leches animales. Lejos estaban los momentos de las leches humanizadas y de las conquistas que la industria tiene alcanzadas en la elaboración de leches. Más lejos estaban las advertencias que el reloj, la balanza y la composición química de los excretas hacen al médico tratante. Por eso en la urgencia de no privar del elemento primordial de vitalidad al pequeño —que no se queja, pero muere como dijo Pinard— Unánue, dicta unas cuantas reglas del sistema alimenticio del lactante a biberón. “Se empezará dándole una leche diluída” —dice y aclara su pensamiento con ejemplos. “Después —agrega— se les dará leche entera”. El tanteo con que procede revela que nunca, ni antes, ni ahora, ni en lo venidero, están lejos las aprehensiones y temores cuando la mamadera reemplaza el humano licor que brota de los senos maternos. Por eso, el sabio ariqueño trató de rodear el procedimiento de los mejores cuidados y atenciones, y de dominar sus peligros, puesto que indicaba, al pie de tales advertencias, dar leche completa “raspando en ella algunas veces unos pedacitos de jabón”. ¿Intuyó que los ácidos estomacales coagulan en masa la caseína? ¿eran los álcalis del jabón los que jugaban útil papel en evitarlo?

Unánue estampa en su libro estas palabras “Naciendo éstos (los niños) con los intestinos cargados de materiales, que deban expelerse, la primera leche de la madre es un suero que desempeña este oficio, sin riesgo de que alterándose se separe la parte quesosa y perju-

dique a su salud". La Química aún no había dicho la composición del calostro, pero sus funciones evacuanes del meconio las apreció Unánue, y las apreció sobre todo al percibir las alteraciones que la ingestión de leche de mujer desde el principio da lugar en los niños que aún no han tomado calostro, el eliminador por excelencia del meconio. Su importancia fisiológica sólo ha sido puesta de relieve en los últimos tiempos. Unánue dice, en un aparte, que "es un kilo". Los autores actuales lo califican de "linfa", "el mismo líquido que ha bañado los tejidos fetales durante nueve meses" y que "puede ser absorbido sin previa digestión". Al confrontar todas estas afirmaciones, cuya esencia intuyó Unánue y confirmó la experimentación contemporánea, se echa de ver al punto la clara inteligencia de nuestro compatriota. La época en que escribió Unánue, no hay que decirlo, fué muy anterior a la era de la investigación que conocemos. Ni siquiera alcanzó el tiempo del auge de los conocimientos que actualmente han sido arrinconados por viejos. Porque las verdades de hoy son, acaso, los errores de mañana. Preocuparse por las retenciones que el meconio experimentaba en ciertos niños era, pues, entonces, un hecho de trascendencia. En nuestros días mismos se dan casos, entre los profesionales del arte de curar, que instituyen un purgante al primer retraso en la salida del meconio. Todavía no están conquistados por la nueva verdad. Ello afirma que dentro de ciertos límites, es conveniente la expulsión lenta del meconio, porque retenido por mayor tiempo en el intestino forma la base de las materias fecales. Por consiguiente, no puede sorprender que Unánue dijera que "los oleosos o azucarados, y los primeros relaxando, y los segundos acedándose, en el delicado estómago, son nocivos. Pero siendo preciso y acostumbrado a darlos, será más útil mezclar unos con otros. De este modo el ácido del azúcar se modera con la combinación con el aceite y éste se concreta, se hace más digestible, y expurga el vientre con más facilidad y menos daño." (Pág. 144-45). Salvadas las distancias, ésto es lo que hacen los pediatras en ciertas diarreas del recién nacido al administrarle, por cucharaditas, la mezcla de aceite de ricino con jarabe de goma en la proporción de 1 por 5, respectivamente.

Las convulsiones del recién nacido fueron motivo de interés curativo para Unánue. Con los limitados conocimientos al uso en esos tiempos, expresa su fe en el tratamiento por la quina asociada al bálsamo de copaiba.

"Pero si se notara que con su uso se incendia el infante, debe minorarse la cantidad de él y darle mucha agua templada". Los trastor-

nos gastrointestinales y la albuminuria causadas por mayor dosis de una sustancia rica en terpenos y alcoholes resultaban morigerados con la ingestión de líquidos en gran cantidad y con la diuresis consecutiva. Pero ésto es otra cuestión. El estado convulsivo es lo interesante. Y tenemos que la quina —no dice si la roja o la amarilla— por su acción antitérmica evitaba quizás las convulsiones de causa febril. Los organismos predispuestos son su mejor terreno. El paludismo tiene también un lugar. Y ya sea frenando la hiperpirexia, ya actuando sobre el hematozooario, resalta del consejo de Unánue, la acción benéfica de los alcaloides de la quina sobre las convulsiones de ese tipo. Las epilépticas, las de la tetanía, la espasmofilia y otras seguían indiferentes ante la medicación. Por lo demás, las que acompañan a la hemorragia intracraneal con medicación y todo llevaban a la muerte. Todo esto se comprende con las luces de ahora cuando agrega Unánue: "por este medio unas criaturas se curan, otras mueren y, otras aunque no parecen, quedan lisiadas, principalmente del cerebro".

"En las familias cuyos hijos son propensos a las convulsiones deben las amas alimentarse de carnes", asevera Unánue más adelante. Dentro del saber actual quiere decir que es preciso ingerir alimentos que contengan calcio, para evitar las manifestaciones de la hipocalcemia, en la que las convulsiones tienen un lugar. Y lo tiene desde que se sabe que la tetanía es una expresión de la pobreza orgánica en calcio, compañero inseparable de la insuficiencia paratiroidea.

"No es útil tener a los niños sin mamar muchas horas" dice Unánue al dar su parecer sobre el momento en que el nacido debe ponerle al seno por primera vez. La idea no está ahí por simple hecho de lógica, ni tampoco es una antojadiza afirmación. Mucho debió ver para que su libro lo consigne. La fiebre de sed, la somnolencia de los débiles, etc., eran desconocidas como entidades nosológicas. Pese a lo inexplicado de las manifestaciones, él procuraba vencerlas alimentando a su debido tiempo. Y si la iniciación del régimen al seno tuvo su pauta adecuada, la forma de proseguirlo también tuvo su norma. "En el tiempo de la lactancia debe cuidarse —añade— de no dar a cada instante de mamar al niño, sino interponer algunos cortos espacios. Si se viere que la evacuación sale verde hacerle ayunar". La dieta hídrica está aquí en germen. Confrontándola con los postulados actuales se encuentra poca diferencia, hasta cuando aconseja "cucharadas de agua en que se disuelve jabón" como purgativo oleoso y salino con que acostumbramos instituir la abstinencia en los estados digestivos tóxicos, ya ex-alimentatione, ya ex-infeccione. Pero, volviendo a lo que

dice sobre lactancia, claramente surge el concepto de Unánue sobre la forma de alimentación. Todavía no eran tan lejanos años, los del comienzo para la higiene infantil. Nada se sabía sobre la cantidad, capacidad, y tiempo de digestión, tres razones fisiológicas en que asienta sus consejos la Puericultura. Sin embargo, nuestro compatriota se dispuso a educar a las gentes en la buena crianza del infante y señaló cuanto debía hacerse en el instante en que se perturbara el acto digestivo, origen o derivación de los serios trastornos de la nutrición y de la patología conexas.

El destete no pudo olvidarlo quien, adelantándose a proporcionar consejos sobre alimentación del lactante, probó siempre su preocupación por la horticultura. "Regularmente pueden eiecutarlo en el tercer tercio del primer año de la vida" dice al lector. Iguales dictados, agregamos nosotros, registran los textos modernos. "Las mazamorrillas que se dan a los niños deben ser de pan abiscochado, sueltas y cocidas al rescoldo; las de harina deben evitarse, al menos hasta después de los seis meses". Llenos de luz aparecen hoy estos consejos. Porque abiscochar el pan es maltear la harina. Y ya se sabe que la maltasa es el azúcar menos fermentiscible y el más adecuado para evitar las acciones de la flora intestinal en los medios azucarados. Algo más, la cocción de los almidones es benéfica y facilita su desdoblamiento y metabolismo. Aconsejar abstenerse de administrarlos antes del sexto mes significaba apreciar que sólo entonces pueden digerirse por la presencia reciente de los fermentos pancreáticos e intestinales, ausentes antes de dicho sexto mes en los jugos digstivos correspondientes.

Uno de los datos que, valorados, revelan especialmente las preocupaciones de Unánue por las cuestiones de la Puericultura y de la Higiene infantiles, es su interés por todo lo que se refiere a la alimentación. Poniéndose a tono con su época no puede demandársele que sea muy largo ni muy explícito en sus anotaciones. No está, pues, lacónico cuando escribe: "los mismos alimentos que conservan la vida del hombre en los tiempos de sanidad deben conservarla en los de la enfermedad". El juicio encuadro perfectamente en cualquiera publicación moderna. Un poco más extenso que el sabio seré en el comento de uno de los profundos pensamiento con que está nutrido "El Clima de Lima".

Sanos o enfermos los niños requieren una dietética adecuada. Y en los quebrantos de la salud no hay por qué someter al paciente a los rigores del hambre. Unánue siempre lo entendió así. No importa que todavía se ignorase las causas de la pobreza corporal de los niños.

Se estaba lejos de conocer las proyecciones de las infracciones dietéticas y de la deficiencia en la cuantía y calidad de los alimentos. Pero, sin reglas precisas para la estimación de la ración alimenticia, los ojos de Unánue habían mirado muchas veces esos niños flacos cuya delgadez pretende explicar el criterio profano en los factores del mestizaje, pero que el ajustado pensamiento del puericultor reconoce como proveniente de la sub-alimentación. Distróficos crónicos por escasez de los ingesta, frágiles de salud y presas cotidianas de todos los males morbosos por su pobre poder inmunitario, estos carenciales, como ahora se les denomina, requieren prolijos cuidados y renovadas atenciones. Los peligros que los acechan se salvan vacunándolos, alimentándolos debidamente, higienizando su vida, fortaleciéndolos para que "el triunfo sea de su constitución" como ha dicho el profesor León García. Pero a Unánue, al que no lo auxiliaban las actuales razones inmunobiológicas, le era imposible darle mayores vuelos a su pensamiento. Por eso es lacónico. Condensa en una frase muchos atisbos sobre esas cuestiones, que acaso logran mejor explicación cuando, en otro aparte del capítulo sobre alimentación, afirma convencido: "el arte médico ofrece recursos preciosos, pero es necesario saberlos aplicar con oportunidad y método, pues como dice Boerhave, no hay mejor específico que aquel que se aplica en el debido tiempo". Sin duda esa especificidad, por decirlo así, estaba para Unánue, en proporcionar energías en los tiempos de enfermedad con los mismos alimentos que las brindan en las horas de salud.

Cuando nadie vislumbraba lo que el niño significaba para la vida nacional y las características que le son propias en orden a su desarrollo y vitalidad, Unánue columbró, con sus ojos hechos para mirar lo permanente, muchos aspectos de la Puericultura que son orgullo de nuestro tiempo. Así están para nuevos enfoques en su libro. El título "Observaciones sobre el Clima de Lima y sus influencias en los Seres Organizados en especial el Hombre" refleja como en su ánimo el médico se conciliaba muy bien con el estadista. El segundo acabó por absorber al primero. La obra de Unánue, por eso, fue la voluntad inconsciente de la nación plasmada en sabiduría.

Salvar a los niños, flores de la alegría malogradas tempranamente, fue uno de sus afanes. La protección de esos seres anima su libro. Apesar de que sobre él pasaba la gravitación de una época agitada no es la voz amenazante, el puño colérico que se levanta contra la Sociedad. Ni turba su mirada los resplandores de la gran hoguera que llegaban desde Francia disipando las nieblas del colonialismo.

Unánue aspiró a corregir las ideas reinantes sobre crianza señalando el mal. Y apunta con prudencia la herida abierta. Corrige y rectifica, lima y suaviza. En una palabra, educa. Extrae del pozo de las aguas estancadas de la época nuevas concepciones y las pone en marcha. Es como esas cajitas de música que tocan una suave melodía, más alegre que las baladas legendarias de los trovadores.

Para apreciar los méritos, la intensidad y sus posibilidades peruanistas hay que recordar, al enfrentarse con ella, que nos enfrentamos con el Perú. Por que Unánue es la expresión más elevada que alcanza un compatriota entre el Virreinato, el pasado glorioso, y la República, al llegar al grado de ebullición las pasiones, sueño del porvenir. Por todo esto merece perdón aquel, que como yo, se sale de los estrechos campos de la especialización médica. Y que, asfixiado dentro de los ficticios límites de reducir el horizonte asoma la cabeza para respirar unas bocanadas de aire nuevo. Mas lo merece todavía, si incursionando por senderos distintos a los conocidos, trata de adentrarse en el ayer médico donde tan fácil es el extravío. Mas el que llega trayendo consigo en los ojos la luz del sentido común, que el sabio perdió a fuerza de documentarse, puede iluminar cuestiones oscuras, inobservadas o no resueltas. ¡Alguna ventaja ha de tener la cultura del especialista por viciada que esté de unilateralidad!